

# CÁTEDRA PRIMA

## ¿UN SIGLO DE REVOLUCIÓN O LA REVOLUCIÓN DE HACER UN SIGLO?\*

JAVIER GARCADIIEGO DANTÁN\*\*

I. A poco más de cien años de su inicio, el proceso histórico conocido como la Revolución mexicana sigue siendo objeto de acalorados debates, tanto meramente historiográficos como abiertamente ideológico-políticos. Enalzada desde un principio como un movimiento épico por algunos de sus participantes más memoriosos,<sup>1</sup> luego fue vista como un movimiento plenamente nacionalista y transformador de la estructura social mexicana, y su principal propuesta programática, la Constitución de 1917, fue considerada la primera Constitución social del mundo.<sup>2</sup> A mediados del siglo XX se agregaron otras virtudes a la Revolución: además de ser un movimiento que había hecho grandes aportes a la justicia social, era también creadora de instituciones y responsable de la estabilidad política que el país había alcanzado. Así, desde la perspectiva de pensadores como Jesús Reyes Heróles, la Revolución había sido un proceso constructivo, que a cincuenta años de iniciado combinaba “impulso creador” con “experiencia” gubernativa.<sup>3</sup>

---

\* Una primera versión se publicó en Nexos, núm. 395, noviembre 2010, pp. 60-65. La presente versión, notoriamente ampliada, fue leída en la Universidad de Montevideo, Sociedad Rodoniana, Montevideo, Uruguay, 14 de marzo de 2012. Luego fue otra vez corregida y ampliada para ser leída en el Colegio Internacional de Graduados, de la Universidad Libre de Berlín, el 12 de julio de 2012.

\*\* Presidente de *El Colegio de México*.

<sup>1</sup> Véase Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, viuda de Ch. Bouret, 1917. Consúltese también la novela de Mariano Azuela, *Los de abajo*, publicada en 1915 por el diario *El Paso del Norte*. Las ediciones comerciales primero estuvieron a cargo de Ediciones Botas, pero el Fondo de Cultura Económica se ha encargado de comercializar esta obra desde hace más de cincuenta años.

<sup>2</sup> Djed Bojórquez [Juan de Dios], *Crónica del Constituyente*, México, Ediciones Botas, 1938; Félix F. Palavicini, *Historia de la Constitución de 1917. Génesis. Integración del Congreso. Debates completos. “Texto íntegro original y reformas vigentes”*, 2 vols., México, s.p.i., [1938], y Pastor Rouaix, *Génesis de los artículos 27 y 123 de la Constitución Política de 1917*, México, Gobierno del estado de Puebla, 1945. Entre los ‘constitucionalistas’ posteriores más destacados véase a Jorge Carpizo, *La Constitución mexicana de 1917*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969.

<sup>3</sup> Jesús Reyes Heróles, “En la celebración del LII aniversario de la Revolución mexicana”, en *La historia y la acción*, México, Oasis, 1978, pp. 177-182. También en *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, vol. III, pp. 11-15.

Hoy, cincuenta años después, la perspectiva dominante ya no es optimista. Nadie sostiene que la Revolución conserva aquel “impulso creador”, y es difícil defender la calidad de los últimos gobernantes emanados de ella. Desde un principio propició también críticas acerbas. Acaso la más conocida sea la de José Vasconcelos, quien sentenció que después del cruel sacrificio del “inmaculado” Francisco I. Madero la Revolución perdió su contenido moral, espiritual, convirtiéndose en una simple lucha por el poder político entre contendientes corruptos, violentos, vulgares y zafios.<sup>4</sup>

Ilustrativa y significativamente, pudiera decirse que, aunque con distintos argumentos y motivos, la vertiente crítica de la Revolución terminó por imponerse a las voces apologéticas, cada vez más restringidas a un sector de la llamada clase política. Al margen de las críticas iniciales de los sectores conservadores, ya fueran porfiristas o huertistas,<sup>5</sup> las primeras voces discordantes fueron las de Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog.<sup>6</sup> Si para el primero —Cosío— los hombres que gobernaban el país a mediados del siglo no estaban a la altura de los ideales de la Revolución y eran responsables de “la crisis” que padecía México,<sup>7</sup> para el segundo —Silva Herzog— la Revolución había llegado a su culminación a finales de la presidencia de Lázaro Cárdenas, iniciando después su descenso, crisis, agonía y muerte.<sup>8</sup>

Posteriormente, la fascinación inicial que produjera la Revolución cubana, junto con la crisis del autoritarismo mexicano —entre los años sesenta y setenta— y las recurrentes crisis económicas, dieron lugar a un sinfín de críticas a la Revolución mexicana. También influyó en esto el uso de la teoría marxista en los círculos académicos. Así, la mexicana pasó a ser una revolución moderada, meramente política, o una revolución

---

<sup>4</sup> Para calibrar la crítica de Vasconcelos a la Revolución después de la muerte de Madero, compárese el tono positivo con el que se refiere a ella en el primer volumen de su autobiografía (*Ulises criollo*), para pasar a denostarla a partir del segundo (*La tormenta*). Basta con recordar los títulos de los siguientes volúmenes, *El Desastre* y *El Proconsulado* para “atormentar” a todo el periodo.

<sup>5</sup> Piénsese en Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Eusebio Gómez de la Puente, Editor, 1920; Pablo Martínez del Río, *El suplicio del hacendado y otros temas agrarios*, México, Editorial Polis, 1938, y Carlos Pereyra, *México falsificado*, 2 tt., México, Editorial Polis, 1949.

<sup>6</sup> Es de señalarse que hubo varios veteranos de la Revolución que criticaron el proyecto presidencial de Lázaro Cárdenas. El principal ejemplo fue el de Luis Cabrera, con sus libros *Un ensayo comunista en México*, México, Polis, 1937, y *La revolución de entonces y la de ahora*, México, Talleres Juan Pablos, 1937.

<sup>7</sup> Originalmente, su conocido ensayo “La crisis de México” fue publicado en *Cuadernos Americanos*, año VI, vol. XXXII, marzo-abril 1947, pp. 29-51. Una versión reciente, enriquecida con varios apéndices, la publicó la editorial Clío en 1997.

<sup>8</sup> Para Jesús Silva Herzog no se trataba de que la Revolución enfrentara una “crisis de crecimiento” a mediados del siglo XX, sino que padecía una “crisis de agonía”. Cfr. “La Revolución mexicana es ya un hecho histórico”, en *Cuadernos Americanos*, año VIII, vol. XLVII, septiembre-octubre 1949, pp. 7-16.

“interrumpida” (Adolfo Gilly),<sup>9</sup> o simplemente “burguesa” (Arnaldo Córdova y Enrique Semo);<sup>10</sup> peor aún, fue considerada por algunos simplemente como una “gran rebelión” (Ramón Eduardo Ruiz), consistente en un periodo prolongado de violencia pero ayuno de cambios sustantivos,<sup>11</sup> o bien como una revolución que combinaba rupturas y continuidades con el régimen precedente.<sup>12</sup>

En los últimos años, teniendo a la vista la crítica situación nacional<sup>13</sup> —esto es, incurriendo en el grave vicio historiográfico de pensar más en el presente que en la historia—, la Revolución ha sido considerada no sólo inútil sino hasta dañina, culpable de que el país desaprovechara las posibilidades de crecimiento que ofreció el siglo XX.<sup>14</sup> Comprensiblemente, en el año del “centenario” fue motivo de nuevas evaluaciones, contrarias a esta versión condenatoria, como lo prueba la aparición del libro, que reconoce a la Revolución como un útil proceso de modernización,<sup>15</sup> o como el libro *México 2010. El juicio del siglo*, en el que atinadamente se reconoce que a un proceso histórico no puede enjuiciársele, en tanto que para los hechos del pasado no hay ni condena ni absoluciones posibles.<sup>16</sup> En efecto, como dijera don Edmundo O’ Gorman, el historiador no es ni

---

<sup>9</sup> Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, México, Ediciones El Caballito, 1971. Según Gilly, quedó interrumpida porque “no alcanzó la plenitud” de sus objetivos, pero “tampoco fue derrotada”, por lo que pudo continuar en una nueva etapa durante la presidencia de Cárdenas.

<sup>10</sup> Córdova asegura de manera contundente que la mexicana fue una revolución burguesa, “dirigida política y militarmente por elementos venidos de los sectores medios de la sociedad”, en la que se cumplieron “todas aquellas que podríamos llamar las leyes de la revolución burguesa”. Cfr. Arnaldo Córdova, “México: revolución burguesa y política de masas”, en *Interpretaciones de la Revolución mexicana*, Héctor Aguilar Camín (pról.), México, Nueva Imagen, 1979, pp. 84-85. Enrique Semo llega a la misma conclusión: la mexicana fue una revolución burguesa cuyos “representantes fundamentales” fueron los “sectores de la burguesía media agraria”. Cfr. Enrique Semo, “Reflexiones sobre la Revolución mexicana”, en *ibid.*, pp. 135-150.

<sup>11</sup> Ramón Eduardo Ruiz, *México: la gran rebelión, 1905-1924*, México, Ediciones Era, 1984.

<sup>12</sup> François Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

<sup>13</sup> O considerando erróneamente que su derrota en las elecciones presidenciales de 2000 y 2006 significaba su derrota y desaparición en el proceso histórico mexicano.

<sup>14</sup> Para Macario Schettino la Revolución mexicana fue “un lastre muy pesado para el siglo XX”; afirma, además, que México durante el Porfiriato había iniciado “un proceso de modernización que fue detenido” por aquella “guerra civil”. Véase su libro *Cien años de confusión: México en el siglo XX*, México, Taurus, 2007, p. 15.

<sup>15</sup> Véase Ignacio Marván Laborde, *La Revolución mexicana, 1908-1932*, vol. 5 de la Historia crítica de las modernizaciones en México, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas-Fondo de Cultura Económica-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010.

<sup>16</sup> María Amparo Casar y Guadalupe González (eds.), *México 2010. El juicio del siglo*, México, Taurus, 2010.

fiscal acusador ni abogado defensor del pasado; tan sólo busca recrearlo y comprenderlo.<sup>17</sup>

II. ¿Cómo comprender hoy a la Revolución, iniciada hace un siglo pero carente de un final rigurosamente calendarizable? ¿Cómo influyó en el desarrollo de la historia mexicana del siglo XX? Para comenzar, deben diferenciarse las distintas etapas que atravesó. La primera fue su etapa épica; esto es, la década violenta, la de los grandes caudillos y las grandes batallas, la del mal contado “millón de muertos”, decenio durante el cual se destruyó al Antiguo Régimen, personificado en Porfirio Díaz, los “científicos” y Victoriano Huerta, y en el que emergió, al término de la llamada “guerra de facciones” de 1915, el grupo triunfador, el que pudo imponer al país su proyecto de Estado, la Constitución de 1917, que en su composición refleja la complejidad de la Revolución y del país.

Vino después su segunda etapa, la proteica, en la que se transformó el país en términos económicos, sociales, políticos y culturales. De más o menos dos décadas de duración, —entre 1920 y 1940—, en ella se inició la reconstrucción económica; comenzaron a cumplirse los compromisos que se tenían con las masas populares —campesinos y obreros— que habían hecho posible la derrota del Antiguo Régimen; se disciplinó y profesionalizó al ejército revolucionario luego de un par de amenazadoras rebeliones;<sup>18</sup> se agruparon y disciplinaron los políticos revolucionarios, para repartirse los puestos de poder y mando sin caer en periódicas luchas autoaniquiladoras,<sup>19</sup> y se diseñó una nueva cultura nacional, una nueva identidad, popular, progresista y nacionalista. Sobre todo, se impuso el modelo revolucionario constitucionalista en algunas regiones renuentes, como el centro-occidente del país en la guerra cristera,<sup>20</sup> y las masas campesinas y obreras fueron organizadas en instituciones de alcance nacional, verticales, corporativas y vinculadas al aparato gubernamental.

A diferencia de un siglo antes, cuando después de alcanzada la Independencia el país padeció cerca de cincuenta años de permanente desorden público por la falta de un proyecto unificador y de un gobierno central fuerte, la Revolución logró restablecer el orden público en corto tiempo, diseñar e imponer un único proyecto de país —la Constitución de 1917— y

---

<sup>17</sup> Según su discípulo Eduardo Blanquel, la sentencia más influyente de O’Gorman fue: “no regañar [...] a los muertos sino comprenderlos y explicarlos”. *Cfr. La obra de Edmundo O’Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 62.

<sup>18</sup> Recuérdese la revuelta de Agua Prieta, de 1920, y la rebelión delahuertista, de 1923 y 1924.

<sup>19</sup> Me refiero a la creación del Partido Nacional Revolucionario, a propuesta de Plutarco Elías Calles, en marzo de 1929, luego de las muertes violentas en 1927 y 1928 de los tres aspirantes a la presidencia, todos veteranos de la Revolución y pertenecientes al grupo constitucionalista sonorense.

<sup>20</sup> Para este tema véase el libro “clásico” de Jean Meyer, *La cristiada*, 3 vols., México, Siglo Veintiuno Editores, 1973-1974.

construir un sólido aparato gubernamental, el Estado mexicano posrevolucionario.

Esta etapa transformadora, abiertamente renovadora, tuvo su momento culminante durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, en la segunda mitad del decenio de los años treinta. En buena medida como respuesta a la radicalización que había producido en obreros y campesinos la severísima crisis económica mundial de 1929, Cárdenas decidió que el gobierno estableciera una gran alianza con dichos sectores populares, otorgándoseles concesiones —reparto agrario y derechos sociales a los trabajadores—<sup>21</sup> a cambio de apoyo y disciplina. Este periodo también dio lugar a ciertas políticas nacionalistas, como la expropiación petrolera, aprovechándose que Estados Unidos e Inglaterra no podían tomar represalias excesivas contra México, pues la amenaza del ascenso alemán obligaba a tener buenas relaciones con un país vecino y productor de petróleo.

Si bien sabemos cuándo y cómo se pasó de una etapa a otra, debemos preguntarnos por las causas, por los porqués, necesariamente en plural, pues en la historia no existe la unicausalidad. Se pasó de la etapa épica a la proteica porque Carranza fue capaz de dirigir la lucha armada pero no buscó otorgar beneficios a sus soldados, y porque logró promulgar la Constitución de 1917 pero no procedió a aplicarla. Así, el paso a la etapa proteica, en 1920, no puede ser minimizado, pues este cambio dio lugar al auténtico nacimiento del Estado mexicano revolucionario. Esto es, llegaron al poder los revolucionarios procedentes de una clase media nueva, sin los vínculos económicos o políticos que la familia Madero o Venustiano Carranza tenían con el Antiguo Régimen.

Sobre todo, los dirigentes de este nuevo grupo, los principales revolucionarios sonorenses —Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta— sabían que para hacer de México un país estable tenía que tener un Estado que integrara a los revolucionarios de origen popular, al menos en términos de política local y en los discursos ideológico y cultural. Obviamente, para que esa integración pudiera darse era imprescindible otorgar algunas concesiones sociales, políticas y económicas a dichos revolucionarios, encabezados por los simbólicos liderazgos de Pancho Villa y Emiliano Zapata, así como a los inmensos grupos sociales que éstos representaban.

Es evidente que esta etapa proteica debe ser dividida en dos momentos, el sonorenses y el cardenista. La línea divisoria es indiscutible: al llegar Cárdenas al poder se optó por modificar algunos elementos del Estado mexicano, otorgándose a los sectores populares organizados un

---

<sup>21</sup> El reparto agrario también pudo ser una gran estrategia preventiva, para evitar que pudieran repetirse alzamientos campesinos como el de los cristeros.

mayor peso político, incluso ascendiéndolos a los cuadros directivos<sup>22</sup> a cambio de impulsar un amplio programa de reformas sociales. Sin embargo, al final de su presidencia Cárdenas percibió claramente que habían cambiado las condiciones nacional e internacional. En México el reclamo de las clases media y alta era creciente. Por otra parte, había iniciado la Segunda Guerra Mundial y los Estados Unidos ya no estaban dispuestos a tolerar un régimen que se autoproclamaba socialista, comprometido con las reformas sociales profundas y el nacionalismo. Cárdenas percibió que una continuidad de su proyecto, y peor aún una radicalización del mismo,<sup>23</sup> podría dar lugar a una alianza entre las fuerzas contrarias a su proyecto, tanto internas como externas.<sup>24</sup> Esto es, no se trataría de una intervención militar extranjera, pero sí de un cuartelazo con apoyo internacional. Fue esta la causa por la que Cárdenas optó por apoyar a un sucesor moderado dentro de su propio equipo político, Manuel Ávila Camacho. Esto es, prefirió consolidar los cambios logrados, que ponerlos en riesgo. La prudencia política venció al impulso revolucionario.

La tercera etapa de la Revolución mexicana, luego de sus periodos épico y proteico, puede ser definida como una etapa institucionalizante, en la que los elementos transformadores dieron paso a una actitud moderada y a una estrategia consolidadora, evitando posturas muy nacionalistas o propuestas de cambios radicales. La conquista de la estabilidad desplazó a la lucha por la justicia, mientras que la búsqueda de la democracia seguía propuesta desde el fracaso maderista.

Es incuestionable que la naturaleza determina a la historia. En efecto, a partir de mediados del siglo XX el país ya no fue gobernado por veteranos de la Revolución, por lo que la *impronta* de ésta se hizo cada vez menor. La geografía también determina a la historia. Al término de la Segunda Guerra Mundial habían sido vencidos los regímenes corporativos nazi-fascistas, y el mundo había quedado dividido en un esquema bipolar. El único modelo socialista en el mundo, la URSS, estaba a una enorme distancia. A México

---

<sup>22</sup> Me refiero a la creación de la CTM (Confederación de Trabajadores de México) en 1936, y a la de la CNC (Confederación Nacional Campesina) en 1938; sobre todo, me refiero a la transformación del PNR (Partido Nacional Revolucionario) en PRM (Partido de la Revolución Mexicana), también en 1938, cuando los obreros y los campesinos pasaron a ser dos de los cuatro sectores en los que se estructuró la nueva organización partidista; los otros sectores eran el de los militares y el de los burócratas.

<sup>23</sup> Me refiero a la posibilidad de que Cárdenas apoyara como sucesor al general Francisco J. Múgica, de posiciones muy radicales dentro del abanico ideológico revolucionario mexicano.

<sup>24</sup> El temor no era infundado. Para la elección de 1940 se habían fundado varias asociaciones políticas anticardenistas, todas de nombres reveladores: el Partido Anticomunista, la Confederación de la Clase Media, el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN), que apoyó a Andrew Almazán, y el Partido Acción Nacional, el único que logró convertirse en institución permanente. Además, también se dijo que la rebelión de Saturnino Cedillo había estado parcialmente financiada desde el extranjero.

le correspondió quedar bajo la influencia y el tutelaje de los Estados Unidos, lo que obligó a un replanteamiento de los compromisos nacionalistas y radicales de la Revolución.<sup>25</sup>

A partir de la segunda mitad del siglo XX el país entró en un periodo de notable y constante crecimiento económico; además, desaparecieron las confrontaciones entre las clases sociales que habían distinguido al cardenismo: campesinos contra hacendados y obreros contra empresarios, en las que los primeros de cada dupla habían contado con el apoyo del gobierno; por si esto fuera poco, se alcanzó la estabilidad política, aunque no la democracia, y se recompuso la relación con Estados Unidos.<sup>26</sup> La reconciliación nacional se logró a partir de varios cambios sociales, políticos e ideológicos. Por ejemplo, se dio marcha atrás al compromiso cardenista en favor de establecer un sistema de educación socialista, se respetó la creación y participación de dos partidos políticos, ubicados en los extremos del espectro ideológico-político: el Partido Acción Nacional (PAN), fundado en 1939, se opondría a cualquier intento de impulsar otra vez medidas radicales, y el Partido Popular, creado casi diez años después, cuidaría que se cumpliera con los principales compromisos nacionalistas y reformistas de la Revolución mexicana.

Mención aparte merece una de las grandes preguntas sobre el paso de la etapa proteica, en su fase cardenista, a la etapa institucional: ¿cómo fue que los obreros y campesinos aceptaron pasar, pacíficamente, sin mayores protestas ni reclamos, de una etapa progresista a una etapa moderada? Aventuremos dos respuestas: también ellos, como Cárdenas, vincularon los cambios a los contextos nacional e internacional, por lo que entendieron que no había alternativas; además, recuérdese que estaban organizados en una estructura vertical, corporativa: eran grupos disciplinados, integrados al aparato gubernamental. Fueron tales y tantos los logros del país, que se habló de esta etapa como de un 'milagro' dentro de nuestra convulsa historia. Se prolongó por un par de decenios en los que la Revolución pasó a ser una simple identidad legitimadora de los nuevos gobiernos, en tanto herederos de los líderes revolucionarios; esto es, una mera referencia histórica.

La siguiente etapa histórica, la cuarta, se prolongó a lo largo de los últimos tres decenios del siglo XX y estuvo caracterizada por varias crisis económicas graves y recurrentes; por el rápido deterioro del régimen político, cada vez menos legitimado y funcional, como tristemente se expresó

---

<sup>25</sup> Para una reconstrucción confiable de ese periodo histórico véanse los trabajos de Luis Medina, Blanca Torres, Olga Pellicer, José Luis Reyna y Esteban L. Mancilla en la colección *Historia de la Revolución Mexicana*, tomos del 18 al 23, publicada por El Colegio de México.

<sup>26</sup> Para esto fue clave la participación de México en la Segunda Guerra Mundial al lado de los aliados.

en la represión al movimiento estudiantil de 1968, y por el crecimiento de numerosos sectores medios dentro de la población.<sup>27</sup> Así, la Revolución dejó de servir como elemento legitimador. Más bien ésta empezó a ser cuestionada. Es más, hasta el concepto “modernización” desplazó al de Revolución cuando ésta empezó a ser vista con crecientes reticencias.<sup>28</sup> La endémica crisis cubana y la desaparición del socialismo europeo —hacia 1989— coadyuvaron al deterioro del prestigio del término Revolución. ¿Cómo llamar, entonces, a esta cuarta y última etapa de nuestro siglo XX? No resulta fácil encontrar al apelativo adecuado. Después de las etapas épica, proteica e institucional deberíamos optar por una solución rápida: la etapa de la crisis.

Esta etapa permite dividir en dos partes iguales la segunda mitad del siglo XX: años de progreso entre 1950 y 1970, aproximadamente, y años de crisis económica, política, social, ideológica y cultural los siguientes tres decenios. Esto es, sabíamos de dónde veníamos pero dejamos de saber hacia dónde íbamos. Para muchos la Revolución había dejado de servir como directriz histórica. Así, la respuesta a la crisis fue variada: hubo quienes buscaron una solución tecnocrática, modernizando ciertos aspectos del sistema político y del sector económico; otros estaban convencidos de que la solución radicaba en volver a la aplicación de los principios revolucionarios originales; hubo incluso quienes creyeron que la solución estaba en generar otra revolución armada;<sup>29</sup> por último, hubo quienes pensaron que la solución estaba en que el país cambiara de principios y se transitará a un país que tuviera como paradigma una nueva democracia y no una vieja Revolución, casi centenaria, cambiando a la clase política y fomentando un mayor acceso de la sociedad civil al aparato político. Si bien nuestra democracia todavía está poco desarrollada, es un hecho que con ella se inició una quinta etapa histórica, ubicable en el proceso de cambio social, apertura política, renovación cultural y revolución tecnológica habida entre finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

Esto permite aventurar una nueva cronología para la historia reciente del país: en lugar de tener una Revolución centenaria, podemos decir que el periodo revolucionario se prolongó por unos sesenta años, al que luego sucedieron tres decenios de crisis y replanteamientos, para iniciar el

---

<sup>27</sup> Hubo otros movimientos opositores de la clase media, como el de los médicos, en 1964-1965, y el del magisterio, de 1958.

<sup>28</sup> Véase. *Una historia contemporánea de México*, Ilán Bizberg y Lorenzo Meyer (coords.), 4 vols., México, Editorial Océano, 2003-2009.

<sup>29</sup> El guerrillerismo mexicano tuvo varias particularidades: fue más rural, como el andino y el centroamericano, que urbano, como el conosureño; fue el más débil de todos, acaso porque el gobierno al que se enfrentaba no era dictatorial sino en todo caso autoritario pero incluso con gran capacidad de cooptación. Es por esta característica que resulta tan atinada la metafórica definición de Octavio Paz, al llamar al Estado mexicano “el ogro filantrópico”.



siglo XXI asomándonos a una etapa democrática. En términos discursivos, primero se habló de “violencia” (1910-1929); luego se impuso la palabra “cambio”, “transformación” (1930<sup>s</sup>); posteriormente predominaron los vocablos “estabilidad”, “crecimiento” y “progreso” (1940 a 1960<sup>s</sup>); después, y hasta finales del siglo, nos dominó el agorero término de “crisis”, hasta que recientemente reaparecieron las palabras “cambio” y “democracia”, aunque no se han podido erradicar varios términos fatales, hasta hoy insolubles de nuestro proceso histórico: “corrupción”, “injusticia”, “pobreza” y “violencia”.

III. A cien años de iniciada, la Revolución es vista hoy como un hecho histórico y ya no como un proyecto gubernativo o como la partera de un futuro mejor. Comenzó siendo un inédito desafío electoral pacífico, en el que se movilizaron, sobre todo, los sectores medios urbanos y gran parte del elemento obrero organizado, encabezados por un miembro de la élite económica del noreste del país, el empresario agrícola coahuilense Francisco I. Madero. El desafío electoral se convirtió en rebelión por la negativa de Díaz a modificar su régimen político y a dar concesiones a los opositores. Sin embargo, los sectores sociales que habían respaldado al movimiento antirreeleccionista no resultaban apropiados para la lucha armada, por lo que Madero tuvo que apelar a otros sectores, rurales y populares. Fue entonces cuando surgieron Pascual Orozco, Pancho Villa y Emiliano Zapata. Con ellos aparecieron los reclamos sociales: mejores salarios y nacionalismo laboral en el norte, como se expresó en la huelga de Cananea de 1906 y en la matanza de chinos en Torreón en 1911,<sup>30</sup> así como reivindicaciones agrarias en el centro-sur del país, como nítidamente lo expresó el Plan de Ayala zapatista. En resumen, al movimiento político clase-mediero se sumó la lucha de los grandes contingentes populares, con sus reclamos sociales. Las exigencias de cambios políticos coexistirían con los reclamos de reformas socioeconómicas por varios decenios, pero nunca se satisficieron simultáneamente.

Los dos movimientos maderistas sucesivos, el electoral y el armado, terminaron por vencer al gobierno porfirista.<sup>31</sup> Sin embargo, Madero no fue capaz de construir un nuevo sistema político.<sup>32</sup> Es comprensible: en política es más fácil destruir que construir, oponerse que gobernar. Como

---

<sup>30</sup> Véase Juan Puig, *Entre el Río Perla y el Nazas. La China decimonónica y sus braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.

<sup>31</sup> La mejor historia militar del maderismo es la de Santiago Portilla, *Una sociedad en armas. Insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, México, El Colegio de México, 1995.

<sup>32</sup> Al respecto pueden verse las páginas que al gobierno de Madero dedican Stanley Ross, *Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia mexicana*, México, Editorial Grijalbo (Biografías Gandesas), 1959, y Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1977. Véase también mi estudio “Presidencia de Madero: fracaso de una democracia liberal”, en Will

era previsible, Madero fue pronto derrocado por cierto sector del porfirismo que se negaba a perder el poder; o sea, el grupo que detentaba el control del Ejército Federal, instrumento idóneo para vencer al inexperto político.<sup>33</sup>

El intento contrarrevolucionario generó una violenta reacción procedente de dos frentes: de los sectores medios —rurales y urbanos— que se negaban a perder los puestos a los que finalmente habían accedido gracias al triunfo maderista, sobre todo en el norte del país, y de los grupos populares —villistas y zapatistas—, que rechazaban el regreso del binomio oligarquías regionales y autoridades porfiristas. A esta fase se le conoce como “lucha constitucionalista” y se prolongó de marzo de 1913 a agosto de 1914.<sup>34</sup> Una vez vencido el gobierno restaurador de Victoriano Huerta sobrevino la confrontación entre los victoriosos ejércitos revolucionarios: villistas y zapatistas por un lado; por el otro coahuilenses y sonorenses, o sea carrancistas. Durante todo 1915 pelearon convencionistas contra constitucionalistas en la llamada “guerra de facciones”, por imponer al país su proyecto de futuro.

El resultado de esta contienda se explica por factores políticos, militares, económicos, diplomáticos y sobre todo sociogeográficos e históricos: los ejércitos populares de Villa y Zapata tenían capacidad para plantear reformas regionales y sectoriales, pero no para construir un Estado nacional. Aunque el triunfo de los carrancistas se expresó con la promulgación de la Constitución en 1917, y si bien ésta sigue vigente como único proyecto nacional y como norma principal de los mexicanos, lo cierto es que el Estado revolucionario nació hasta 1920, cuando los constitucionalistas sonorenses desplazaron a los carrancistas.<sup>35</sup> Para comenzar, el grupo sonorense estaba encabezado por clases medias con menos y menores

---

Fowler (coord.), *Gobernantes mexicanos II: 1911-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 27-45.

<sup>33</sup> Obviamente, la oposición contra Madero no se redujo al sector castrense. Sufrió la oposición de numerosos políticos porfiristas que se apertrecharon en el aparato legislativo, pero también padeció la de muchos revolucionarios radicales que consideraron que sus propuestas reformistas eran tibias e insuficientes. Es más, estos argumentos dieron lugar a las rebeliones de sus antiguos aliados, los orozquistas y los zapatistas. También estuvieron en contra de su gobierno la casi totalidad de los periódicos, la poderosa embajada de los Estados Unidos y las clases altas del país.

<sup>34</sup> Puede acudirse al recuento de los aspectos políticos y militares del proceso en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución mexicana*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1960, y en Charles C. Cumberland, *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. Una perspectiva más novedosa es la de Alan Knight, *La Revolución mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, 2 vols., México, Editorial Grijalbo, 1996.

<sup>35</sup> Al respecto puede consultarse Javier Garciadiego, *La Revolución mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 138), 2003. Véase también un trabajo posterior y más completo: *Textos de la Revolución Mexicana*, Javier Garciadiego, prólogo y notas; María del Rayo González Vázquez, selección documental, cronología y bibliografía, Venezuela, Fundación Biblioteca Ayacucho (Colección Clásica, núm. 247), 2010.

vínculos con el Antiguo Régimen que la facción carrancista. Sobre todo, el Estado encabezado por los sonorenses prefirió integrar a los grandes grupos populares de veteranos de la Revolución —villistas y zapatistas—, en lugar de seguir combatiéndolos, como Carranza, lo que condenaba al país a una permanente inestabilidad. Asimismo, el Estado encabezado por los sonorenses fue el que comenzó a otorgar concesiones considerables a los campesinos y obreros, ya fuera iniciándose el reparto agrario o con el establecimiento de la alianza entre el gobierno y la CROM.

**IV.** Si bien la Revolución mexicana se desarrolló en varias etapas, en diferentes escenarios, con distintos componentes sociales y con múltiples objetivos, ¿podemos decir que tuvimos una única Revolución, o que en realidad fueron varias? Eran claramente diferentes las causas que produjeron la incorporación de cada uno de los contingentes participantes en la lucha revolucionaria, como diferentes fueron sus propuestas de solución. A Madero y su grupo les interesaba la instalación de un régimen democrático; Zapata y su gente ansiaban la recuperación de sus tierras y el fortalecimiento de los gobiernos pueblerinos, que operarían según sus “usos y costumbres” y que estarían conformados por gente de la localidad y no por políticos fuereños; Villa y los suyos —igual que Pascual Orozco— lucharon por la mejoría socioeconómica de los grupos populares norteros, tanto rurales como urbanos; a su vez, Carranza y sus colaboradores buscaron conquistar el poder político y así controlar el proceso revolucionario en su conjunto, para que las rupturas con el régimen precedente no fueran abruptas ni radicales y para construir un Estado fuerte, legal y nacionalista;<sup>36</sup> por último, los revolucionarios sonorenses aspiraban a que las clases medias alcanzaran el poder político, primero regional y luego nacional, y se afanaron por lograr su engrandecimiento económico, todo mediante un doble proceso que los obligaba a desplazar tanto a la oligarquía Porfirio-huertista como a la revolucionaria —léase Carranza—, pero también a vencer las aspiraciones de dominio de los sectores populares.<sup>37</sup>

Aún así, debe aceptarse que todos estos fueron elementos imprescindibles de una única Revolución, la que tuvo lugar, precisamente, por la articulación de todos estos componentes: sin la participación de los grupos populares, los movimientos de Madero, Carranza, Obregón y Calles habrían sido simples intentos de reforma política, pero sin la participación de éstos los movimientos de Villa y de Zapata sólo habrían sido rebeliones

---

<sup>36</sup> Recuérdese que Carranza era coahuilense, y que poco antes de que naciera, en 1859, su estado natal había perdido la región de Texas; recuérdese también que su padre, Jesús Carranza Neira, había luchado contra la Intervención francesa a las órdenes de Mariano Escobedo.

<sup>37</sup> Para una descripción de los motivos, objetivos y estrategias de este grupo, véase Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1977. La lucha de los revolucionarios sonorenses clasemedieros también incluía al oligarca maderista local, José Ma Maytorena.

sendas regionales y sectoriales. Fue la suma de los cambios políticos y las reivindicaciones sociales lo que dio lugar a una Revolución en el México de principios del siglo XX, a una Revolución no radical pero no por ello menos auténtica, con la suficiente participación popular para poder llamarla Revolución.<sup>38</sup>

Hubo otro grupo cuya importancia en el proceso revolucionario: los llamados ‘precursores’, identificados sobre todo con Ricardo Flores Magón y su órgano periodístico *Regeneración*. Originarios de la clase media urbana, evolucionaron del liberalismo al anarquismo y tenían indistintamente objetivos políticos y sociales. Sin embargo, su papel histórico fue condicionado por tres limitaciones: temporal, social y geográfica. Les correspondió actuar antes de que tuviera lugar el proceso revolucionario, antes de que se involucraran en ella masivos contingentes populares y numerosos sectores de las clases medias; además, su exilio les privó de tener una presencia territorial definida, así como apoyos sociales y políticos reales. Su importancia radica en que erosionaron la legitimidad del régimen porfirista, sensibilizaron a muchos elementos clasemedieros, fijaron varios reclamos sociales y políticos, con sus correspondientes soluciones e incluso formaron futuros ‘cuadros’ revolucionarios.<sup>39</sup> Para su desgracia, les correspondió actuar antes y desde lejos. Más que líderes de la Revolución les tocó ser sus heraldos.

En este mismo tenor puede decirse que los sucesivos triunfos temporales de Madero, Carranza, Obregón y Calles nos llevan a otra conclusión valedera: La Revolución no fue un proceso popular que luego sufriera una interrupción, o peor aún, una traición. La Revolución fue siempre dirigida por élites —el rico hacendado Madero o el gobernador Carranza— o por miembros de las clases medias. Los sectores populares tuvieron un papel subordinado, como lo prueba el que Zapata haya surgido reconociendo el Plan de San Luis Potosí, es decir el liderazgo de Madero, o el que Villa encabezara, en su momento de máximo poder, una División —la del Norte— adscrita al Cuerpo de Ejército del Noroeste, comandado por Obregón, el que a su vez era parte del Ejército Constitucionalista, cuyo Primer Jefe era Carranza. Cierto es que por un tiempo Villa y Zapata aspiraron juntos

---

<sup>38</sup> Ilustrativamente, primero se discutió si la Revolución mexicana había entrado en crisis, y luego si había muerto. Años después se discutía la naturaleza que había tenido, en tiempo pasado. Cfr. *¿Ha muerto la Revolución mexicana?*, Stanley Ross, edición y pról., México, Secretaría de Educación Pública, 1972; Aguilar Camín (pról.), *Interpretaciones de la Revolución mexicana*, y Alan Knight, “La Revolución mexicana”, en *Cuadernos políticos*, octubre-diciembre 1986, pp. 5-32.

<sup>39</sup> La bibliografía sobre este grupo es inmensa, como sobre todos los líderes y contingentes anarquistas de la historia mundial. Abarca desde sus propios escritos, pues muchos eran intelectuales, ideólogos, hasta testimonios de sus contemporáneos, ya fueran simpatizantes suyos o fuentes policiales. Por último, también cuentan con valiosas reconstrucciones historiográficas, unas más rigurosas y otras más partidarias.

al liderazgo nacional, en la Soberana Convención, pero fueron vencidos plenamente en la “guerra de facciones”, por lo que quedaron reducidos a sendos movimientos regionales. Las causas de su derrota —ya se dijo— fueron varias: políticas, militares, económicas y sociales, pero predomina una limitante sociohistórica: no estaban preparados para gobernar el país; carecían de una visión de Estado nacional.<sup>40</sup>

“La Revolución fue la Revolución”, sentenció Luis Cabrera, influido por una especie de cubismo literario. Otra manera de decirlo sería que la mexicana fue una Revolución sin adjetivos sencillos y definitorios. Esto es, hoy, a cien años de su inicio, debemos conocerla y comprenderla, para lo cual debemos evitar las sobrestimaciones del pasado y los menosprecios del presente. Para comprenderla debemos conocer sus complejidades, identificar a sus componentes y aquilatar su fuerza y sus debilidades, sus aspiraciones y sus límites.

Menciono como ejemplo cinco temas. Es preciso diferenciar a los revolucionarios “destructores” de los “constructores”.<sup>41</sup> Entre los primeros caben Madero, Villa y Obregón, quienes participaron, respectivamente, en la destrucción de los ejércitos de Díaz, Huerta y Villa; entre los segundos sólo quedarían Carranza, Calles y Cárdenas, creadores de la Constitución de 1917, del principal partido político posrevolucionario y del Estado social y nacionalista mexicano. Emiliano Zapata es un personaje histórico difícil de ubicar en esta doble clasificación. No tuvo una importancia decisiva en el aspecto militar de la Revolución, y tampoco dejó un legado institucional propio. A él —y solo a él— corresponde una tercera categoría, la del revolucionario ‘defensor’, pues su lucha tenía como objetivo la defensa de las comunidades rurales del país,<sup>42</sup> con sus tierras y autoridades tradicionales.

A diferencia de otras revoluciones, que tuvieron determinantes procesos urbanos, en París, San Petersburgo o La Habana, la mexicana sólo tuvo lugar en escenarios rurales e ideológicamente sólo combatió a los

---

<sup>40</sup> Los apreciados colegas Felipe Ávila y Pedro Salmerón insisten, sin convencerme, en que tanto villistas como zapatistas contaban con un proyecto nacional. Véanse Felipe Ávila, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, México, Instituto Cultural de Aguascalientes/Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991, y Pedro Salmerón, *La División del Norte. Los hombres, las razones y la historia de un ejército del pueblo*, México, Editorial Planeta, 2006.

<sup>41</sup> Véase el concepto de Alan Knigh sobre los presidentes borbónicos y habsburgos, o sea, los reformistas y los mantenedores del *status quo*, en “State Power and Political Stability in Mexico”, en Neil Harvey (ed.), *Mexico. Dilemmas of Transition*, Londres/Nueva York, The Institute of Latin American Studies, University of London/British Academic Press, 1993, pp. 29-63.

<sup>42</sup> Véanse también los bocetos de estos personajes en Enrique Krauze, *Biografía del poder: caudillos de la Revolución mexicana: 1910-1940*, México, Tusquets Editores, 1997.

hacendados, no a los banqueros<sup>43</sup> ni a los industriales, lo que permitió la recuperación de la burguesía al término de la lucha armada, y lo que por otro lado obliga a que se le considere una revolución “agraria”.<sup>44</sup> Una aparente contradicción consiste en que siendo una Revolución considerada nacionalista, al término de la misma era mayor que en 1910 la influencia de Estados Unidos, lo que se explicaría por el gran debilitamiento europeo a causa de la Primera Guerra Mundial,<sup>45</sup> obligándonos a aceptar que, salvo para el caso del petróleo, nuestro nacionalismo fue —y todavía es— más cultural y político que económico. Asimismo, es preciso reconocer el carácter visionario de los revolucionarios, que concedieron tantos y tan importantes derechos a los trabajadores cuando éstos eran apenas una parte mínima de la población.

Un tema que motiva nuestra última reflexión es el de la paradoja maderista: el vital Madero de 1909 y 1910 impulsó al país a exigir un sistema democrático, pero su cadáver predispuso a la clase política contra la libertad y la democracia. A partir de su fracaso, su derrocamiento y su muerte los políticos revolucionarios abjuraron de la libertad de prensa, la oposición parlamentaria y las elecciones libres, y en cambio aprendieron la conveniencia de encabezar gobiernos autoritarios.<sup>46</sup> En otras palabras, el fantasma del mártir Madero fue más fuerte que el llamado que dio inicio a la Revolución, lo que explica que las exigencias por la democratización del país hayan sido débiles y minoritarias por tanto tiempo. De otra parte, el caso de Madero confirma la existencia de dos tiempos históricos: de corto y de largo plazo: falló como presidente revolucionario, pero triunfó como figura histórica.

¿Cómo explicar la ausencia de democracia a lo largo de casi todo el siglo XX mexicano? ¿Cómo se explica el afán generalizado por tener una vida democrática a finales de dicho siglo, muchos decenios después de que lo hubiera propuesto Madero? Una respuesta tan generalizada como incorrecta sostiene que durante todo ese tiempo prevaleció en México un régimen dictatorial. Para comprender nuestra historia reciente debemos reconocer y precisar que lo que caracterizó a México de los años 20<sup>s</sup> a los

---

<sup>43</sup> Si bien los bancos fueron incautados durante la lucha armada contra Huerta, luego fueron devueltos a sus propietarios.

<sup>44</sup> Véase Frank Tannenbaum, *The Mexican Agrarian Revolution*, Washington, D. C., The Bookings Institution, 1930. Traducido para la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México* (núm. 2, vol. IV) hasta 1952; véanse también Jesús Silva Herzog, *La cuestión agraria: el agrarismo mexicano y la reforma agraria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, y *La cuestión de la tierra*, 4 vols., México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1960-1962.

<sup>45</sup> Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Ediciones Era, 1982.

<sup>46</sup> Otra paradoja reveladora es la de Cárdenas, seguramente el presidente más alabado y mejor recordado, pero cuyo proyecto de gobierno jamás fue seriamente recuperado por los presidentes que lo sucedieron.

70<sup>s</sup> fue que la oposición era débil, numérica e institucionalmente, pues las etapas de la Revolución proteica e institucional fueron exitosas, benéficas para la mayoría de los mexicanos. Es la suma de dos factores lo que explica la tardía búsqueda por la democracia a partir de los 80<sup>s</sup> y 90<sup>s</sup> aproximadamente. Por un lado, que las crisis económicas se hicieron endémicas y que el sistema político dejó de ser eficiente pues se tornó incapaz para ordenar y atender las necesidades de la sociedad. Por el otro, fue hasta finales del siglo XX cuando hubo una clase media cuantitativamente apreciable y cuando mejoró la cultura política del mexicano. Sólo entonces hubo una aspiración democrática mayoritaria. Las anteriores búsquedas, de 1910, 1929 o 1939, más que prematuras habían sido simplemente minoritarias. Incluso podría decirse esto del proceso de 1968, que afectó sólo a un sector social de una sola ciudad del país. Los procesos de cambio exitosos tienen que ser pluriclasistas y plurirregionales.

V. ¿Qué imagen predomina hoy de la Revolución mexicana? Una respuesta ambigua sería la más acertada. De ninguna manera sufre el rechazo que puede detectarse en los países de Europa del este o en la ex Unión Soviética, donde el país ha vuelto a llamarse Rusia y algunas ciudades importantes han recuperado sus viejos nombres. En México no ha habido modificaciones en la nomenclatura urbana que denoten un rechazo a la Revolución y a sus héroes. Tampoco se han reclamado cambios en el santoral cívico. Sin embargo, es evidente que durante las conmemoraciones de 2010 predominaron las referencias a la Independencia: recuérdese que se le llamaba el año del bicentenario. Podría alegarse para ello el conocido apotegma jurídico: “primero en tiempo, primero en derecho”. Empero, acaso la explicación sea otra: mientras la Independencia sí alcanzó los principales logros que se había propuesto, como romper los vínculos con España y crear una nación independiente, la Revolución tiene aún graves adeudos por lo que se refiere a la instauración de la democracia y a la conquista de la justicia social. Por eso la Revolución padece muchos más reclamos que la Independencia. Por lo mismo, los retos del país para el futuro son asumir como actuales y urgentes dichos compromisos, hacerlos propios: mejorar nuestra democracia y erradicar la pobreza. Una última consideración: dichos retos deben enfrentarse pacíficamente. Si algo nos enseñó la Revolución es que la violencia no es garantía de cambios y logros. Si la primera mitad del siglo XX fue dominada por la Revolución, a la primera mitad del siglo XXI debe corresponder la consolidación de la democracia y la consecución de la justicia social.

Pero insisto, pacíficamente. Hace unas semanas unos jóvenes, universitarios como ustedes, amenazaron con que habría revolución en caso de que hubiera una imposición en el presente proceso electoral. Celebro la politización de la juventud: ¡qué bueno que se interesen y actúen en la vida pública del país! Sin embargo, la violencia es lo peor que puede pa-

decer un país. Por eso les digo jóvenes: prepárense lo mejor posible en términos profesionales. Será útil para ustedes y provechoso para el país, pero también deben involucrarse en los asuntos públicos del país, pero pacíficamente, como corresponde a los seres humanos, y muy especialmente a los universitarios.

16 de agosto de 2012.